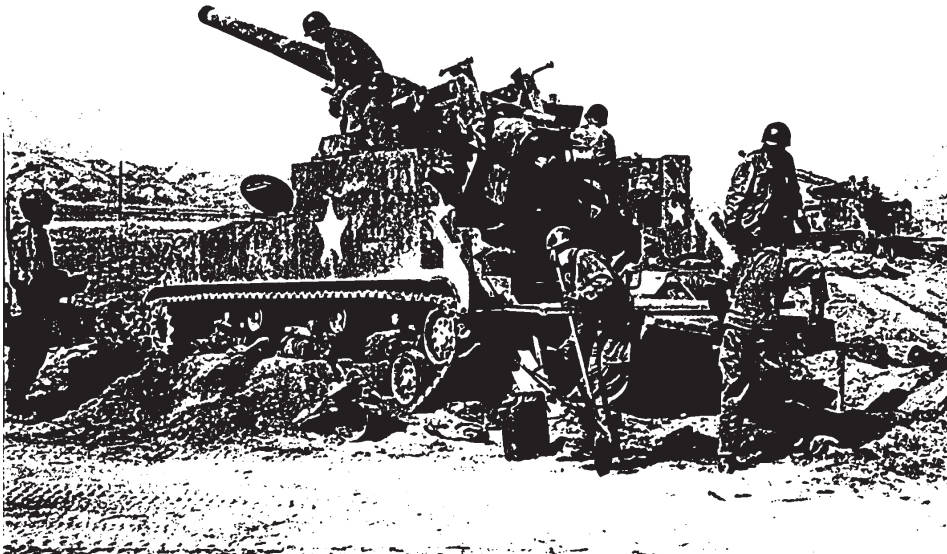


KOREA (1950-1953): LA GUERRA OLVIDADA



RUSSELL A. GUGELER

ÍNDICE

Prólogo a la versión española	7
Prefacio	11
Acción de retirada.	15
Ataque a lo largo de una línea de crestas	39
Defensa de una posición artillera	53
Acción acorazada en Chongju.	63
Artillería en Kunu-ri.	71
El embalse de Chosin	83
Emboscada a la Patrulla de los Túneles Gemelos	93
Chipyong-ni	119
Task Force Crombez	153
Apoyo acorazado	167
Una compañía de fusileros como fuerza de cobertura.	177
Artillería en defensa perimetral	191
Cota 800 (Bunker Hill).	207
Task Force Gerhardt	227
La Cota del Millón de Dólares.	241
Cresta Sangrienta (Bloody Ridge)	253
Cresta Heartbreak.	269
Puesto avanzado Eerie	279
Patrulla de combate	297



PRÓLOGO A LA VERSIÓN ESPAÑOLA

Esta recopilación de testimonios tácticos no solo representa una aportación significativa a la historiografía sobre la Guerra de Corea, sino que pone de manifiesto el esfuerzo editorial sostenido por Ediciones Licurgo en su propósito de acercar al lector hispanohablante obras fundamentales que, durante años, permanecieron fuera de su alcance. En ese empeño, el presente volumen se suma a una creciente biblioteca de títulos que, tanto por su valor documental como por su calidad analítica, han contribuido a enriquecer el estudio de la historia militar del siglo XX. La incorporación de obras como *La defensa alemana de Berlín*, que documenta el caos final del Ejército alemán, traducida por Rafael Rodrigo, ha permitido acceder por primera vez en castellano a análisis tácticos y operacionales de una densidad y claridad que anteriormente solo podían consultarse en su lengua original. Ambos títulos (*La defensa alemana de Berlín* y *Korea: la guerra olvidada*), se distinguen por su enfoque técnico y su capacidad para iluminar aspectos doctrinales esenciales del conflicto, desde el papel del terreno y el clima hasta la evolución de los procedimientos de combate a nivel de compañía y batallón.

No menos destacable es la inclusión, dentro del catálogo de Licurgo ediciones, de trabajos como *La caza del Bismarck* o *Donbass* (1943). En todos estos casos, el criterio editorial ha sido constante: rigor académico, claridad expositiva, respeto escrupuloso por las fuentes y una cuidada labor de redacción y edición, orientada a que el lector español no solo acceda al contenido, sino que comprenda en profundidad el contexto histórico y las implicaciones tácticas y estratégicas de los hechos analizados.

Corea (1950-1953): Una guerra olvidada se inserta así en un corpus editorial que se distingue por su vocación divulgativa y su compromiso con una historia militar seria, alejada tanto del sensacionalismo como de la banalización del hecho bélico. En lugar de reproducir narrativas simplificadas, este libro opta por descender al detalle, al nivel de las decisiones tácticas adoptadas bajo presión, a los dilemas morales planteados en cada cruce de caminos, a las voces -siempre frágiles y a menudo contradictorias- de los protagonistas directos de la acción. En ese sentido, la labor de Russell A. Gugeler entronca con la de aquellos historiadores militares que, lejos de perderse en los grandes movimientos de tropas, se detienen a observar el combate tal y como lo vive el soldado que lo ejecuta.

Este enfoque no implica renunciar al análisis ni a la contextualización. Al contrario: el lector encontrará en estas páginas una estructura narrativa sobria pero cuidadosamente diseñada, que permite comprender tanto la naturaleza de cada enfrentamiento como su inserción en el marco operacional más amplio. Así, por ejemplo, los relatos de asaltos a colinas o posiciones atrincheradas no se presentan como episodios aislados, sino como parte de un tejido más complejo de decisiones estratégicas, flujos logísticos, líneas de comunicación y evolución doctrinal. Es precisamente esa combinación de mirada cercana y comprensión estructural lo que confiere a la obra su profundidad.

Del mismo modo, el lector podrá detectar en estos testimonios una evolución en la forma de combatir. A lo largo de las páginas se suceden situaciones que ponen de relieve el tránsito de un ejército estadounidense aún influido por las lecciones de la Segunda Guerra Mundial hacia una forma de guerra más fluida, más descentralizada y -en ocasiones- más incierta. El enemigo, el terreno, el clima y las limitaciones materiales impusieron una curva de aprendizaje rápida, forzada y muchas veces traumática. Este proceso queda reflejado con precisión en los testimonios aquí reunidos, en los que se perciben tanto las carencias como la capacidad de adaptación de las pequeñas unidades norteamericanas.

Una de las virtudes más destacables de *Corea: Una guerra olvidada* reside en su capacidad para ilustrar, de forma directa y sin artificios, el coste humano y operativo de cada maniobra. Lejos de centrarse exclusivamente en las cifras o en los balances finales de las batallas, el texto pone el foco en las dinámicas internas del combate: las órdenes recibidas, las dudas surgidas en el terreno, los errores tácticos que precipitan retiradas desordenadas o,

por el contrario, las decisiones acertadas que permiten estabilizar un frente precario. En este sentido, el lector se adentra en un universo de incertidumbre donde las certezas absolutas brillan por su ausencia, y donde el juicio del oficial o suboficial, ejercido bajo presión y con escasa información, se convierte en el único recurso fiable.

Esa dimensión humana -aunque siempre sujeta al rigor de la narración militar- enlaza esta obra con otros títulos esenciales del catálogo de Licurgo Ediciones sobre distintos conflictos militares: *Julio Cesar en Hispania*, *Yasuke o La Primera batalla de Bull Run*. En el caso específico de Corea, todos estos elementos se exacerbaban. El terreno escarpado, la climatología extrema y la movilidad impredecible del enemigo obligaron a replantear buena parte de las prácticas heredadas de la Segunda Guerra Mundial. La guerra de posiciones alternó con la guerra de movimientos, las operaciones convencionales con los enfrentamientos dispersos, y las líneas de frente bien definidas con escenarios donde la retaguardia podía convertirse en cuestión de minutos en zona de contacto. Esta inestabilidad estructural queda plasmada en el libro con claridad, contribuyendo a derribar la falsa imagen de Corea como una guerra de trincheras estáticas y prolongadas.

A ello se suma un aspecto no menor: el valor documental de los testimonios recogidos. La mayoría de los relatos fueron escritos poco después de los combates, a partir de entrevistas directas, informes de unidad y anotaciones en diarios de guerra. Esta cercanía temporal no solo otorga autenticidad a los textos, sino que evita en gran medida la deformación que a menudo introducen la memoria selectiva o las narrativas retrospectivas. En lugar de interpretaciones ideológicas o reconstrucciones literarias, el lector encontrará descripciones funcionales, centradas en lo esencial, donde cada palabra parece dictada por la necesidad de comprender lo sucedido y extraer lecciones operativas.

En esta línea, la edición española ha optado por respetar escrupulosamente la estructura y estilo del original, manteniendo la sobriedad del lenguaje y la lógica expositiva de carácter técnico-militar. La traducción ha buscado equilibrar la fidelidad al texto con la fluidez en lengua castellana, sin alterar en ningún caso el contenido ni introducir valoraciones ajenas al original.

Así pues, esta obra no es únicamente un libro sobre la guerra; es, ante todo, un libro sobre cómo se combate. Sobre cómo pequeñas unidades, compuestas por soldados anónimos, afrontan situaciones límite en entornos

Korea (1950-1953): La guerra olvidada

hostiles. Y sobre cómo esas experiencias contribuyen, directa o indirectamente, a la evolución de las doctrinas militares contemporáneas. Porque en última instancia, toda guerra es también una escuela, y este volumen recoge -con honestidad y sin ornamento- algunas de sus lecciones más duras.



PREFACIO

Este libro es una colección de relatos que describen la acción de combate de pequeñas unidades del Ejército -escuadras y pelotones, compañías y baterías. Estas son las unidades que entablan el combate, sufren las bajas y constituyen la fuerza combativa de los batallones, regimientos, divisiones, cuerpos de ejército y, finalmente, del ejército de campaña. Para los miembros de una pequeña unidad, el combate es un asunto profundamente personal. Ocupados en las tareas temibles y absorbentes de luchar y sobrevivir, estos hombres no pueden concebir la guerra en términos del Gran Panorama que aparece en los mapas de situación en los cuarteles generales de cuerpo o ejército. Los miembros de una escuadra o pelotón solo conocen aquello que pueden ver y oír en el combate. Conocen y comprenden la tierra por la que luchan, la ventaja de dominar la altura, la protección que ofrecen la trinchera o el hoyo.

Estos hombres saben distinguir los sonidos de las armas enemigas de los de sus propias armas; reconocen el reconfortante sonido de los proyectiles de artillería amiga que pasan por encima y el zumbido de los aviones aliados lanzándose sobre un objetivo. Conocen la excitación del combate, la sensación de euforia y de desesperanza, el sentimiento de fuerza concentrada y también la soledad abrumadora.

El autor ha intentado describir el combate tal y como lo experimentaron los individuos o, al menos, tal como se percibía desde el puesto de mando de la compañía. Para ello, se ha incluido gran cantidad de detalles que no suelen figurar en los escuetos registros oficiales. Los detalles y pequeños

incidentes del combate fueron proporcionados por los miembros supervivientes de las escuadras y compañías durante meticulosas entrevistas y conversaciones poco después de los enfrentamientos. Inversamente, muchos hechos se han omitido en la narrativa aquí presentada. Los relatos solo cuentan una parte de la historia completa, ignorando intencionadamente acciones relacionadas de causa y efecto para centrar la atención en una o dos pequeñas unidades. La narración de la acción en *Heartbreak Ridge*, por ejemplo, describe un combate que duró solo una o dos horas, mientras que la batalla completa por aquella colina se prolongó durante varias semanas. En ocasiones, existen lagunas evidentes porque información importante se perdió con los hombres que murieron en combate. A veces los relatos resultan incompletos porque el autor no logró conocer o contar todo lo relevante que ocurrió.

Las historias que siguen han sido seleccionadas por considerarse representativas de las principales batallas del conflicto coreano. En secuencia cronológica, siguen los combates desde el segundo día de participación de las tropas estadounidenses hasta que la guerra se estabilizó en una defensa estática de líneas fortificadas.

Dado que la mayor parte de la península está cubierta por un intrincado conjunto de colinas y crestas, muchas batallas en Corea tuvieron lugar en las cimas. La cresta típica coreana se eleva desde arrozales y un arroyo en su base, ascendiendo en un ángulo de cuarenta y cinco grados o más. Se necesita una hora de ascenso constante para alcanzar la cima y, una vez allí, los sudorosos infantes descubren otra cresta por delante, y otras más allá, alineadas en filas sucesivas hasta perderse en una neblina violácea en el horizonte. En invierno, las colinas son azotadas por el viento y resultan ásperas, pero cuando llegan las lluvias estivales y la neblina matinal se desliza por las crestas, la tierra adquiere una belleza fresca. Las colinas se tornan verdes y, entre ellas, los arrozales, en delicados tonos de verde, parecen tan ordenados que se diría que alguien los hubiera peinado a mano y expuesto al sol. Fuera de esta belleza paisajística, los soldados estadounidenses encuentran poco que resulte deseable en Corea. Siempre ha sido una tierra pobre y el combate cambiante ha reducido muchas aldeas a montones de cenizas rojizas y a muchos de sus habitantes a la miseria. En la zona de combate, solo las colinas parecen inalteradas, aunque algunas han quedado devastadas y desnudas por los combates. Este es el escenario de los relatos que siguen.

La preparación de este libro no ha sido un proyecto individual. El General de División Orlando Ward, Ejército de los EE. UU. (ahora retirado), es responsable de la obra, habiéndola planificado y aportado gran parte del entusiasmo e inspiración necesarios para su redacción. Para el autor constituye un placer personal compartir el crédito del libro con nueve oficiales con quienes trabajó y a menudo compartió tiendas en Corea. Estos oficiales, miembros de destacamentos históricos, se dedicaban a recopilar y preservar registros históricos precisos del conflicto coreano. De la gran cantidad de relatos que prepararon, el autor ha incluido once que fueron, en parte o casi en su totalidad, elaborados por ellos. A los siguientes oficiales, el autor les debe un valioso agradecimiento y el placer de compartir las experiencias de Corea: Mayor Edward C. Williamson, Capitán John Mewha, Capitán Martin Blumenson, Mayor B. C. Mossman, Mayor Pierce Briscoe, Mayor William J. Fox, Teniente Bevin R. Alexander, Teniente Edgar Denton y Mayor Robert H. Fechtman.

El autor reserva un reconocimiento especial y una expresión de gratitud al Teniente Coronel Roy E. Appleman. Tanto durante la Segunda Guerra Mundial como en la Guerra de Corea, el autor se benefició de la familiaridad de Appleman con la historia militar y de su sólido buen juicio.

Salvo en un caso, las discusiones que siguen a la mayoría de los relatos de acción fueron compiladas por el Teniente Coronel Carl D. McFerren, de la Oficina del Jefe de Historia Militar, basándose en comentarios de las escuelas del Ejército en Fort Benning, Fort Sill y Fort Knox. A solicitud del Jefe de Historia Militar, el Teniente Nicholas A. Canzona, Cuerpo de Marines de EE. UU., redactó la discusión que sigue a “Ataque a lo largo de una cresta”. Estas discusiones no reflejan necesariamente la opinión oficial del Departamento del Ejército, sino que se incluyen para estimular la reflexión y promover el debate. No se ha intentado mencionar todo lo bueno o malo en la conducción de las batallas descritas y, en muchos casos, se ha evitado intencionadamente lo obvio. Tampoco se ha pretendido asignar culpabilidad, pues nadie puede afirmar que, en las mismas circunstancias, habría actuado mejor.

La señorita Mary Ann Bacon ha sido generosa al brindar una hábil orientación editorial al autor. El señor Alfred M. Beck llevó a cabo numerosas tareas necesarias para convertir la publicación original en la presente edición. La señora Vivian Brooks preparó todos los mapas que ilustran el texto y el señor Robert Johnstone realizó los dos dibujos a tinta. A todos ellos, el autor les expresa su más profunda gratitud.

Korea (1950-1953): La guerra olvidada

Finalmente, el autor desea agradecer a varios centenares de hombres y oficiales del Ejército de los Estados Unidos, quienes han sido pacientes y generosos al proporcionar la información sobre la que se basan los relatos. Sin su cooperación, este libro no podría haberse escrito y, eventualmente, mucha de la información aquí presentada se habría perdido, del mismo modo que el polvo y el humo desaparecen del campo de batalla una vez terminado el combate.

RUSSELL A. GUGELER
Stuttgart, Alemania
30 de septiembre de 1969

ACCIÓN DE RETIRADA

EL INICIO DE LA GUERRA EN LA PENÍNSULA (OSAN)

*Estábamos corrompidos antes de empezar; nunca fuimos disciplinados;
considerábamos casi un favor obedecer una orden.
Sí, cada pequeño tamborilero tenía sus propios
derechos y agravios que atender,
así que tuvimos que pagar por aprender... ¡y pagamos!*
-Kipling

Los veranos en Corea son lluviosos. Durante la madrugada oscura y fría del 5 de julio de 1950, el 1.º Batallón del 34.º Regimiento de Infantería llegó a Pyongtaek. Situada aproximadamente a cuarenta millas al sur de Seúl, esta aldea se encontraba cerca de la costa oeste de Corea, en la carretera y la vía férrea principales que unían la capital con Taejon, Taegu y Pusan, al sur. Pyongtaek no era más que un conjunto desordenado de chozas apagadas alineadas en estrechas calles de tierra.

Los soldados de infantería permanecían en silencio bajo la lluvia constante, aguardando el amanecer. Se quejaban del clima, pero, tras la brusca transición desde sus labores de guarnición en Japón, pocos parecían realmente preocupados por la posibilidad de entrar en combate en Corea. Ninguno esperaba permanecer allí mucho tiempo. Tanto los oficiales de alto rango como los fusileros compartían la creencia de que bastaría con la presencia de unos pocos soldados estadounidenses para restablecer el orden en cuestión de semanas.¹